

Los tres mundos de

la

literatura

peruana

Jesús Márquez

Garbayo

Un país que intenta escapar al subdesarrollo

Al hablar del Perú es ya un tópico referirse siempre a una trilogía: trilogía geográfica, por la que se divide al país, en las tradicionales regiones de costa, sierra, y selva; trilogía racial, por la que distinguimos en el hombre peruano, al criollo, mestizo e indígena; trilogía, en fin, industrial o económica: la producción minera, la agricultura, y, sobre todo, la pesca.

El problema principal de una nación tan rica y variada, en todos los niveles, es, sin duda, conseguir una verdadera integración total: sueño unánime de todos los peruanos. Y son principalmente los literatos de este país, los que se esfuerzan hoy en día, por construir un programa de integración y reivindicación humana, que se extienda a toda la nación.

Tres van a ser los escritores, objeto de nuestro estudio: Enrique Solari Swayne, limeño, curioso exponente de la nueva tendencia integracionista, nacido en el mismo corazón de la bella capital peruana; José María Arguedas, serrano y mestizo, como lo son varios millones de peruanos, y Mario Vargas Llosa, arequipeño de nacimiento, educado en Lima, y con actual residencia en la cosmopolita París, refugio de intelectuales y artistas. A través de tres obras de ellos, vamos a penetrar en una trilogía dramática de situaciones, por las que atraviesa el hombre peruano de esta década: Solari Swayne, en su "COLLACOCHA" nos presentará el drama del hombre ante la tierra; Arguedas, con "TODAS LAS SANGRES", tratará el drama del hombre ante la sociedad; Vargas Llosa, en una novela capitalina "LA CIUDAD Y LOS PERROS", ahondará en la difícil problemática del psicodrama: el hombre y su lucha interior. Tres serán pues los mundos que nos presenten, que usando los términos del Daseinsanálisis y de Moreno, podíamos definir como el UMWELT (mundo que nos rodea), el MITWELT (mundo interhumano) y el EIGENWELT (mundo personal), para cada uno de los cuales corresponderá respectivamente el COSMODRAMA de Solari, el SOCIODRAMA de Arguedas, y el PSICODRAMA de Vargas Llosa. Todos ellos, exponentes de un futuro, hacia el que tiende, uniendo todas sus fuerzas, la sociedad peruana, en busca de una situación más estable y armónica.

El Cosmodrama peruano:

"COLLACOCHA" de Enrique Solari Swayne. 1958.

"Estamos combatiendo la miseria humana y estamos construyendo la felicidad de los hombres del futuro" (1).

(1) Collacocho, Enrique Solari Swayne. Teatro peruano contemporáneo. Edit. Aguilar. Madrid, 1959. Acto I, pág. 333.

"Collacocho" es, sin duda, una de las mejores producciones del teatro latinoamericano contemporáneo. Las numerosas representaciones de esta obra, en diversas ciudades de nuestro continente, y fuera de él, sólo se explican por el tremendo impacto humano, y las vivencias espirituales, en ella contenidas.

Solari Swayne, narra en "COLLACOCHA", la historia trágica de un hombre, el ingeniero Eche copar, que se sacrifica, en aras de su patria y de la civilización. Eche copar, lucha titánicamente, dando toda su vitalidad a la empresa, para construir ese inmenso túnel subterráneo, que unirá no sólo económica, sino también fraternalmente, a una población de la amazonía peruana, con otros importantes núcleos serranos y costeños. Tras el fracaso de su empresa, la figura de este mestizo impresionante, se irá cada vez más agrandando, hasta convertirse en un verdadero símbolo de esa humanidad que se sacrifica, con la esperanza de forjar un mundo mejor.

"Echecopar es un hombre sumamente varonil, casi rudo, desaliñado. Su habla es pausada y enérgica. Cuando se encoleriza es cortante y casi desmedido. También debe ser unas veces tierno, otras socarrón. En el acto III, todo su ser está tocado por un halo profético. En la última escena, su voz es absolutamente serena, íntima y transfiguradamente feliz". Así nos describe Solari Swayne, al protagonista de su tragedia, en las indicaciones preliminares. Descripción que se irá completando, poco a poco, durante la representación, ya por el mismo diálogo, que Solari pone en su boca, ya por las referencias que de él nos dan otros personajes: "Él también incurre en el pecado nacional de no amar a nadie. Porque tú sabes que aquí nos odiamos y nos despreciamos entre blancos, indios, cholos, negros, zambos, ricos, pobres, cultos y analfabetos" (2).

Junto a Echecopar, va desfilando toda una galería de tipos peruanos, perfectamente caracterizados: el ingeniero Fernández, el limeño, que quedará estremecido y subyugado por el heroísmo de ese rudo hombre, de carácter fuerte, pero dotado de un razonamiento claro e irrefutable: "El que está

llevando a la felicidad a otros, no puede detenerse a roncar en el camino" (3). Díaz, otro costeño, de carácter voluble y frívolo. Bentín, el serrano tarameño, al que aún siguen asustando los temblores, y con el que se encarará Echecopar: "—El miedo a un temblor, maldita sea... ¿No has oído un temblor en tu vida? ¿Qué clase de peruano eres, que nunca oíste un temblor?" (4).

Protagonistas principales de "COLLACOCHA" son esos indios, que gritan una y otra vez: "Kamionmi chekamunam" (el camión está llegando), y a los que Echecopar, reconocerá como hermanos e hijos, cuando arriesgue su vida, por salvarlos: "Mis hijos son estos indios, esta india que está llegando, a la que no conozco" (5). Tendencia integracionista, claramente destacada en el protagonista, que rompe, con la energía de su carácter, todas las barreras que le separan a él, de la totalidad de sus compatriotas: "Claudio Echecopar, aquí, junto a sus cholos" (6).

La obra, concluirá con la construcción del túnel por el ingeniero Fernández, sucesor del mestizo Echecopar, al que la locura, ha invadido tras su trágico fracaso. Su voz se oye, como salida de otro mundo, al final de "COLLACOCHA": "Me sentaré a la puerta de mi casa, en Collacocho, y observaré el lento despertar de mi camino a la vida. Seré el testigo de la justificación de todo. Y cada mañana, al levantarme, me diré: —Ayer pasaron ciento cincuenta camiones. Llevaban fruta, medicinas, madera, maquinaria..." (7).

Nuevamente, se repite aquí el eterno fructificar del grano de trigo, muerto y podrido, en lo más hondo de la tierra. Muerto —real o aparentemente— Echecopar, la obra concluye con la exaltación del progreso, eterno sobreviviente de la lucha heroica del hombre, que supo tener fe en un futuro mejor.

MUCHACHO.—(Desde afuera, mientras se oyen sus pasos acercarse a la carretera) Taitas... taitas... taitas... taitas... (entra jadeante, señalando hacia afuera). Taitas, ¡kamionmi chekamunam! ¡Kamionmi chekamunam! (Se oye llegar, de muy lejos, el ruido del camión que se acerca)" (8).

El Sociodrama peruano:

"TODAS LAS SANGRES" de José M. Arguedas. 1964

"Wañuylla yachask'an"

(No te conoce, sino la muerte) (9).

Cuando leí esta novela, pocos meses después de su publicación, tuve el presentimiento de haber leído algo vivo, palpitante de sangrienta realidad. Ahora, cuando la sierra peruana se agita en dolorosas guerrillas, he visto confirmado este presentimiento.

Nadie podrá negarle a José María Arguedas, falta de conocimiento de los problemas, que él trata en sus novelas. Nacido en Andahuylas (Apurímac), tuvo al quechua como lengua materna, y hubieron de transcurrir algunos años, para que el futuro literato de habla hispana, dominara le lengua de la "civilización". De ahí, ese ambiente de autenticidad que se respira en sus novelas, sobre todo en ese delicioso intento en prosa, que es "Yawar Fiesta" (o "Fiesta de la sangre"), en el que la construcción castellana, se halla aún balbuciente y trastocada.

Arguedas ha publicado esta novela después de su estancia en EE. UU. y Europa. No es extraño, pues, el que haya asimilado influencias extranjeras, en las que cabe destacar al Steinbeck de "East of Eden", para la novela que nos ocupa.

"Todas las sangres", es ya por su mismo título, una novela social. Envolviendo una interesante trama familiar que vuelve a representar el eterno mito del fratricidio, se plantea crudamente el despertar de su postración de las humilladas comunidades indígenas. Al acabar su lectura todos sentimos el estremecimiento de ese "sonido de grandes torrentes, que sacuden el subsuelo, como si las montañas comenzaran a caminar" (10).

El protagonista, el héroe de la novela es ya un síntoma. No se

(2) Ibid. Acto I, pág. 329.

(3) Ibid. Acto I, pág. 334.

(4) Ibid. Acto II, pág. 367.

(5) Ibid. Acto II, pág. 376.

(6) Ibid. Acto III, pág. 385.

(7) Ibid. Acto III, pág. 391.

(8) Ibid. Acto III, pág. 392.

(9) Todas las Sangres. José María Arguedas. Editorial Losada. Buenos Aires, 1964, pág. 147.

(10) Ibid, pág. 470.

trata aquí de los dos gamonales de rancia tradición: los Aragón de Peralta, don Bruno y don Fermín. Sobre ellos, se alza sombría e inescrutable la figura del "cholo" Rendón Wallka, auténtico mestizo, por el que corre sangre indígena y civilización blanca. Arguedas nos lo presenta al comienzo de la novela, recién llegado de Lima, con su vestido de casimir. El encuentro con uno de sus antiguos vecinos, es impresionante:

"El criado le miró con asombro. Rendón estaba vestido de americana, con un traje grueso de lana azul. La camisa no estaba limpia. Recibió el abrazo del ex-indio, desconcertado aún, mirándole cada vez más detenidamente. Se olvidó de sus señores:

—Tu ropa, tu ropa... hermano Demetrio— le dijo con entusiasmo y extravío" (11).

Demetrio Rendón Wallka, educado en la mejor universidad peruana, seguirá siendo indio, en sus razonamientos, y en el amor a sus hermanos. Pero, la principal cualidad de este "cholo" es su capacidad de organización: Demetrio quiere organizar la vida comunal. Esto parecerá absurdo e impropio, a aquellos que viviendo en Lima, tenían —por lo menos, hasta antes de las guerrillas— la absoluta convicción de que el indio era "un cholo bruto, incapaz de hacer nada, por su cuenta". Por eso, a los que creen que Rendón Wallka es un producto de la imaginación arguediana, yo les invitara a darse un paseo por la sierra...

Pero, afortunadamente, la civilización no le ha privado al "cholo Demetrio", de una manera auténtica y sincera de reflexionar. Así, tras la patética quema de la iglesia, por los comuneros, en un momento de desesperación, intenta reflexionar a su modo: "La casa de Dios Señor puede quemar la gente; así queda feo. Al Dios de los comuneros no lo alcanza la mano de la gente. El vecino hace su Dios con su mano, con su mano lo vuelve ceniza, fácil. ¿Cuándo vamos a enseñar al comunero que vea eso? Entonces el comunero, cuando aprenda que el cerro es sordo, que la nieve es agua, que el cóndor wamani muere con un tiro, entonces curará para siempre. Para comunero no

habrá Dios, el hombre no más, la gente humilde con su corazón que aprende fácil todo bien y mata todo mal. La alegría viene de ver en cada comunero un hermano que tiene derecho igual a cantar, a bailar, a comer, a trabajar. Cuando muera el Dios del comunero no habrá ya miedo, no habrá rabia, no habrá el amargo para el corazón" (12).

Rendón Wallka logrará movilizar sus cholos, a los "alcaldes warayoj", a los mineros, y a los campesinos. Logrará, incluso solidarizar a su movimiento, hasta a los mismos "señores" y hacendados. Aunque, en la novela, un órgano central y dominante que se halla en el corazón de la misma Lima, logre paralizar, por lo menos temporalmente, toda la revuelta. El mismo Rendón acabará su vida a manos de tropas oficiales. "Somos hombres que hemos de vivir eternamente. Si quieres, si te provoca, dame la muertecita, la pequeña muerte, capitán. El oficial accedió y lo hizo matar" (13).

Misticismo, idealismo, revuelta, incentivo, moralismo, independencia. Se podrá o no aceptar la novela de Arguedas como digna de especiales estudios literarios. Lo que es indiscutible es que "Todas las sangres" es y será un profundo testimonio de una realidad, hoy por hoy indiscutible, en el panorama social del Perú y de los Andes.

"El mundo, el vida camina rápido, a lo mejor. Como tú has rogado al Señor: el criatura hombre que no haga rabiar a su hermano, criatura hombre" (14).

El Psicodrama peruano:

Mario Vargas Llosa y su LA CIUDAD Y LOS PERROS, 1963.

"No creo que exista el diablo, pero el Jaguar me hace dudar a veces" (15).

Finalista del premio Formentor, después de haber obtenido el Bioteca Breve de novela, "La ciudad y los perros", se ha dado a conocer al mundo entero, con las aseveraciones de algunos críticos, que la consideran como una de las mejores producciones de la actual novelística en lengua castellana.

La obra, creo que responde al interés despertado, principalmente desde el punto de vista de mi estudio, por darnos una visión, a to-

das luces, interesante, de la Lima actual, que camina hacia los dos millones de habitantes, y que tiene casi otros tantos miles de problemas, por la confluencia actual de todas las razas, clases y grupos sociales del país. Lima, es ahora, un reflejo de la situación peruana, y un exponente del futuro de la nación.

Vargas Llosa ha sabido aprovecharse de los hallazgos de Joyce y Proust, en el campo de la narrativa, para darnos una obra original, que viene a renovar la novelística americana. En el relato van unidos la prosa más sincera y realista, con un cruce de planos temporales, entreverados unos con otros, según los diversos protagonistas.

La acción se desarrolla en el Colegio Militar Leoncio Prado, del que el autor fue alumno: una prueba más del testimonio autobiográfico, encerrado en la literatura de nuestro continente. Los personajes y las situaciones poseen un grande atractivo, aun para aquel que desconozca en su totalidad el ámbito social limeño: Alberto, "el Jaguar", "el esclavo", "el boa", el teniente Gamboa, Teresa, etc., son creaciones marcadas con el signo de la autenticidad. Igualmente podíamos decir del escenario en que se mueven, escrupulosamente localizado, y que se puede seguir, pasa o paso, con la ayuda del plano de la ciudad de Lima, que acompaña a la edición española de la novela.

Y es precisamente su carácter de algo auténtico lo que ha herido más la sensibilidad de algunos grupos y entidades de la capital peruana, que han recibido la publicación de la novela, como una pública y abierta acusación. Nuestro estudio, que pretende ser imparcial, ha de excluir forzosamente toda referencia a punto tan delicado. La obra, testimonio adulterado o no, permanece a una altura artística irrefutable.

También se han rasgado muchas vestiduras, y no todas de hipócritas fariseos, por la aparente

(11) *Ibid.*, pág. 31.

(12) *Ibid.*, pág. 407.

(13) *Ibid.*, pág. 470.

(14) *Ibid.*, pág. 448.

(15) *La Ciudad y los Perros*. Mario Vargas Llosa. Editorial Seix Barral. Barcelona, 1963, pág. 141.

crudeza e inmoralidad de la obra. En realidad, si bien creo inadmisibles el mantener que es ésta una novela pornográfica, creo que el testimonio que nos da Vargas Llosa de una etapa de la vida tan sujeta a peligros y contradicciones, como lo es la adolescencia, tiene muchos puntos que deben ser convenientemente matizados.

"La ciudad y los perros", es francamente negativa. Entre una maraña de delitos y pecado: desobediencia, homicidio, prostitución, sodomía, crueldades, rara vez se alza una sola mirada a cuanto de bello y positivo hay en ese mundo juvenil, víctima de un abandono educacional, de una vida nada familiar, y de una maduración casi abortiva.

Se ha hablado con razón, juzgando a esta novela, de la negación del mito de la feliz adolescencia. Entre tanto y tanto joven, que aparece en la obra, pocos escapan al animalismo con que se nos describe, ya desde el comienzo, al "Jaguar", uno de los protagonistas:

"Cuando el Jaguar entró, precedido por Cava, todos comprendieron que éste había mentido: esos pómulos; ese mentón habían sido golpeados, y también esa ancha nariz de bulldog. Se había plantado en medio del círculo y los miraba detrás de sus largas pestañas rubias, con unos ojos extrañamente azules y violentos. La mueca de su boca era forzada, como su postura insolente, y la calculada lentitud con que los observaba uno por uno. Y lo mismo su risa hiriente y súbita que tronaba en el aire. Pero nadie le interrumpió. Esperaron, inmóviles, que terminara de examinarlos y de reír" (16).

Gracias a la feliz unión narrativa de acontecimientos temporalmente distintos, vamos siguiendo a un tiempo, la evolución del "Jaguar", en sus primeros años de muchacho y después de su ingreso al Colegio Militar. Víctima de un mundo que sobrevalora los valores de la violencia y el sexo, el Jaguar se irá "engendrando a sí mismo", en ambas direcciones. Será capaz de cometer un asesinato a sangre fría, victimando a uno de sus compañeros, sin que le quede —¡oh feliz consecuencia de un mundo en el que hemos perdido

el sentido del pecado!— ninguna conciencia de haber cometido nada malo. Es ese "ser hombre" que declinan hoy en todas las lenguas el 99% de los jóvenes del planeta:

"No soy ningún bruto —dijo el Jaguar, e hizo un ademán desdeñoso—. Pero, yo no le tengo miedo a nadie, mi teniente, sépalo usted, ni al coronel, ni a nadie. Yo los defendí de los de cuarto, cuando entraron. Se morían de miedo de que los bautizaran, temblaban como mujeres, y yo les enseñé a ser hombres. Y a la primera se me voltearon. Son, ¿sabe usted qué?, unos infelices, una sarta de traidores, eso son. Todos. Estoy harto del Colegio, mi teniente!" (17).

El Jaguar, con el que se querrán ver identificados tantos jóvenes, que están atravesando las nada doradas crisis de la adolescencia, llega al final de la novela a una evolución, que me parece a mí, personalmente, bastante incomprendible: el Jaguar se ha hecho hombre, y eso le ocasiona la separación de su viejo amigo e iniciador en pillerías: el flaco Higuera. De ahí, la "incomprendibilidad de sus palabras al Jaguar: "Pero no podremos vernos con frecuencia; tú te has vuelto un hombre serio, y yo no me junto con hombres serios" (18). En "La Ciudad y los perros", los personajes evolucionan al modo de la dialéctica hegeliana: tesis, antítesis, síntesis; lo cual es, desde luego, poco admisible, sobre todo, si uno no ve tan claros estos "saltos dialécticos".

Los otros habitantes del Leoncio Prado, son un muestrario de traumas: Alberto, "el poeta" ante quien se ruborizarían Rimbeaud, Baudelaire y Verlaine, personaje que, de ser autobiográfico, explicaría muchos puntos oscuros de la personalidad de Vargas Llosa. El Esclavo, débil de voluntad y amorfo, haciendo honor al apodo. La figura de los serranos, sobre todo, Cava, está muy bien descrita: Vargas Llosa ha vivido desde dentro, toda la problemática del choque criollo-mestizo, que está viviendo la sociedad peruana. El teniente Gamboa, es, quizás, una de las personas más auténticamente equilibradas de la novela, que encierran mayor humanismo. Su postrera deserción del deber, por humana que sea, no deja de ser totalmente deprimente, estando a tono con el pe-

simismo imperante de la narración.

Capítulo aparte merece el Boa, cuyo apodo, por la referencia groseramente sexual que entraña, dice ya mucho, acerca del personaje. Pero es en boca de él, donde aparece, aun dentro del fuerte tono más o menos inmoral, un atisbo de lirismo y ternura. Sus monólogos de conciencia, como el que citamos, son quizás el más sobresaliente hallazgo de la novela, con profundas notas joycianas:

"pam, pam, y de nuevo y después, pam-pam-pam, y de nuevo, y los del Guadalupe se jalaban las mechas de cólera con nuestra barra en el campeonato de atletismo y nosotros pam-pam-pam a la embajadora debimos hacerle también el chajuí-chajuí, hasta los perros se pusieron a aplaudir y los suboficiales y los tenientes, no paren, sigan...

...Fuera, malpapeada, zafa de aquí, perra sarnosa, anda a morderle los cordones al coronel, quédate quieta, no te aproveches del momento para fregarme la paciencia. Y no poder darle siquiera una patadita suave para que se largue. El teniente Huarina y su suboficial Morte están cuadrados a menos de un metro y al respiro me sienten, perra no abuses de las circunstancias. Detén animal feroz que el hijo de Dios nació primero que vos..." (19).

En general, "La ciudad y los perros", es una obra literaria, que se presta a las más opuestas apreciaciones, a quién le molestará su crítica interna, a quién el atrevimiento de sus descripciones, a quién, en fin, sus "innovaciones" narrativas. Al dar un juicio global se ha de prescindir y tener en cuenta, a la vez, estas opiniones. Una alabanza en un sentido no podrá implicar alabanza ni crítica, en otro sentido distinto. Digamos, pues, que en conjunto, la obra de Vargas Llosa sobresale por la maestría de su forma, y la fuerza humana de sus descripciones. Lástima, con todo, que "La ciudad y los perros" no dé ninguna solución a los problemas humanos, la

(16) *Ibid.*, pág. 50.

(17) *Ibid.*, pág. 324.

(18) *Ibid.*, pág. 343.

(19) *Ibid.*, págs. 70, 89.

mayor parte verídicos y objetivos, que se plantean en ella. Al fin y al cabo, el retraído escritor arequipeño, no ha sido nunca un humanista, y nadie da lo que no tiene.

Como conclusión de este estudio, podrían sacarse, quizás, algunas consecuencias, fruto de la labor analítica realizada, pero se correría peligro de subjetividad o de falta de base. Fuera de ello, en ningún momento quise demostrar ninguna tesis preconcebida, sino dar a conocer, dentro de una objetividad, si no lograda, por lo menos pretendida, tres jalones hondamente humanos de la problemática literaria peruana, y por extensión, andina y americana.

Solari Swayne, marcadamente optimista, nos trazaba el camino de la integración del peruano con su dura geografía, según aquello de Víctor Andrés Belaúnde, de que el peruano ha formado una nación, "pese a su territorio". Arguedas, situando la acción en esa sierra, en plena antropogénesis, nos expresaba el problema de la integración del campesinado a la vida nacional. Vargas Llosa, localizando a sus personajes en el corazón de la capital peruana, narraba la dificultad de la integración del hombre peruano, consigo mismo, con el conjunto de sus ideales y deberes.

Tres visiones marcadamente distintas, si se quiere, pero que nos dan todas ellas un auténtico reflejo de la inquietud actual de un pueblo que desea como pocos, encontrar su verdadera consolidación y ubicación en nuestro continente y en el mundo.



LUIS M. URANGA, S. J.

LOS ATEOS HABLAN A LOS CRISTIANOS

Nos sonreímos cuando los cosmonautas soviéticos han dicho que no han visto a Dios en su viaje por el cosmos. Sin embargo, la confesión de los viajeros rusos es todo un símbolo. Pero, no hace falta volar a los espacios siderales para sentir la experiencia atea.

El problema más agudo consiste en que en la misma órbita de la civilización cristiana es ya muy difícil descubrir al Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob. Y en este sentido es desconsolador, por poner un primer ejemplo, el testimonio de los estudiantes asiáticos que hacen sus carreras en las universidades del Occidente.

Hace poco, Woldietrich Schurre, escritor alemán de fama, afirmaba en una novela titulada "Entierro": "Dios, no amado por nadie, no odiado por nadie, ha muerto hoy día después de una larga enfermedad, soportada con paciencia angélica".

El ateísmo no es un fenómeno particular sino masivo y planetario. Millones de hombres, unos en forma agresiva y otros en silencio, sin proferir una sola palabra, han puesto en marcha un mundo en el que Dios es totalmente un coroto inútil. El Concilio Vaticano II no ha perdido de vista este impacto ateo. La Constitución sobre la Iglesia en el mundo moderno, aunque en forma muy sintética, analiza las diversas realidades que encierra el concepto ateo.

Nosotros vamos a fijarnos en aquella que dice: "Hay quienes imaginan un Dios por ellos rechazado que nada tiene que ver con el Dios del Evangelio" (*Gaudium et spes*, n. 19). Nos puede hacer gracia la ingenuidad de Gagarín, pero, los cristianos debemos reflexionar con firmeza lo que a continuación nos añade el documento conciliar: "Por eso, en esta génesis del ateísmo pueden tener parte no pequeña los propios creyentes en cuanto que con el descuido de la educación religiosa o con la exposición insuficiente de la doctrina o incluso con las deficiencias de su vida religiosa, moral y social han velado, más bien que revelado el genuino rostro de Dios y de la religión" (*Gaudium et spes*, n. 19).

La Verdad de los Ateos: Son muy pocos los hombres que han dado el brinco audaz hacia el ateísmo por la lógica de la pura razón. El ateísmo no es evidente para nadie. La masa casi siempre ha llegado a la descristianización y a la irreligión por la lógica del escándalo, por la lógica del corazón. El ateísmo popular